



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

LO QUE LA MATERNIDAD Y LA PATERNIDAD APORTAN A LOS HIJOS



Dr. Aquilino
Polaino - Lorente
Director del Departamento de Psicología
Universidad San Pablo - CEU

Sexo y género: ¿cambio de roles o mero supuesto ideológico?

El debate entre "género" y "sexo" ha suscitado una profunda crisis en las convicciones acerca del significado de lo masculino y lo femenino, así como sobre el modo de comportarse según el ser de la mujer o del hombre, en definitiva, sobre el sentido del ser personal, en función de ese hecho diferencial que les distingue.

Cambiar los códigos sociales en los que, supuestamente, los roles atribuidos al hombre y a la mujer se prolongaban, manifestaban y expresaban –de forma rígida e incontrovertible-, resulta ser una tarea muy arriesgada y nada fácil. Ciertamente que la masculinidad y la femineidad eran prisioneras de esos códigos, en donde permanecieron invariables durante tal vez demasiado tiempo, hasta el punto de contribuir a configurar como una "segunda naturaleza" –como mera construcción social, en algunos de sus aspectos - a la que socialmente había que atenerse

En el reciente pasado del clima cultural actual puede sostenerse que lo masculino y lo femenino habían quedado cautivos en ciertas redes sociales, estereotipadas y muy poco fundamentadas, dando origen a los roles sociales que, al menos desde la perspectiva social, parecían caracterizarles.

Pero estos roles, arrastrados por su inercia, habían sido vividos con relativa independencia de cuáles fueran las demandas exigidas por las respectivas naturalezas psicobiológicas de la mujer y el varón, según el hecho diferencial que, significado por sus respectivos sexos biológicos, sin duda alguna les distingue, singulariza y caracteriza.

Feminidad y masculinidad –preciso es reconocerlo- han sido rehenes de la historia –mitad libres, mitad cautivos; en cierto modo consentidos y según otro cierto modo asumidos-, de una forma muy especial en lo que a los roles sociales se refiere.

En primer lugar, porque se estableció una fuerte y rígida analogía, un tanto unívoca, entre el código genético (naturaleza) y el código social (roles y comportamientos). Naturaleza y cultura (*natura naturata* y *natura naturans*) fueron articuladas a este respecto de una forma relativamente opresiva, sin apenas grados de libertad, sin casi posibilidades de variabilidad. Lo cultural (los roles, el género) fue entendido como una férrea e invariable prolongación de lo natural (el sexo biológico).

Para ello había también algunas razones que sería injusto silenciar aquí. En cierto modo, no todo fue negativo o artificialmente forzado en lo relativo a esas atribuciones de los roles respecto del sexo genético y/o morfológico. Hubo, qué duda cabe, numerosos aciertos en algunas de las atribuciones que, por lo demás, estuvieron bien fundadas y todavía hoy permanecen vigentes.

El balance resultante entre naturaleza y cultura se hizo, entonces, a expensas de privilegiar la naturaleza (instancia subordinante) y minusvalorar la cultura (instancia subordinada y, en principio, dependiente de aquella). Pero la articulación así concebida ni estuvo fundamentada en modo suficiente ni fue cambiando, como era menester, con el devenir de la historia.

En segundo lugar, porque este diseño de los comportamientos masculino y femenino, este modo de configuración del estilo de vida se ofreció como una

posibilidad socialmente muy restringida –la única posibilidad, en la práctica-, a cuyo tenor y bajo cuya guía debía de llevarse a cabo el desenvolvimiento de la conducta personal, como si tal forma de conducirse se tratara de una emanación natural del código genético o del sexo biológico.

Y, en tercer lugar, porque el modelo resultante así configurado sirvió luego de criterio normativo para etiquetar a las personas como socialmente ajustadas o no, en función de que satisficieran o se opusieran a las reglas previamente determinadas. Esto no sólo forzaba a que las personas se comportasen según lo establecido, sino que contribuyó poderosamente, además, a fijar y cristalizar el modelo, de manera que se asegurase su transmisión y perpetuación de unas a otras generaciones.

No se puede hablar, en la actualidad, de la identidad sexual de la mujer y el varón sin apelar a los conceptos de género y sexo. Género y sexo han existido siempre, desde Adán y Eva, entre otras cosas porque la persona, cada persona sólo puede serlo según uno de estos dos modos: hombre o mujer.

Pero estas dos versiones modales, en que las personas se constituyen, no se habían categorizado con el peculiar significado que hoy se les ha dado. De aquí que el uso que se hacía de ellas fuese mucho más sencillo y común, y sin complicaciones, sin los distingos, sutilezas y matizaciones que en la actualidad se han vertido sobre ellas, transformándolas en los conceptos un tanto confusos y equívocos con que hoy se les caracteriza.

Por esta causa se ha abierto una profunda brecha entre sexo y género, algo que parece ser una nota distintiva de la actual cultura fragmentaria. De hecho, en la última década no sólo no se ha tratado de unir sexo y género, sino que se ha procurado disociar todavía más lo significado por cada uno de ellos.

Con ello se contribuye a fragmentar la identidad de la persona humana. Tal fragmentación se ha llevado a cabo primero en abstracto (a nivel de los conceptos) y después en concreto (a nivel de los comportamientos). Lo que demuestra, una vez más, que los conceptos, las ideas y el uso que se haga de ellas no es algo indistinto, algo que pronto queda relegado en un lejano marco “teórico” que, por no afectar a la persona, es despreciable.

Más bien sucede lo contrario: que los conceptos, pensamientos e ideas

de que nos servimos –ahora en amplia circulación social-, son los que a la postre resultan ser los responsables de los cambios y transformaciones de los comportamientos. De aquí que sea usual en la actualidad expresiones como la siguiente: “cada persona tiene que *construir* su género”.

Es probable que algunos estén familiarizados con el término “constructivismo” o “construccionismo”. Aunque estos términos tienen unos antecedentes filosóficos - en los que, por el momento, no voy a entrar-, el hecho es que han sido divulgados hasta que su uso se ha generalizado.

Esta nueva sociología del conocimiento lo que sostiene es que lo “real” no existe en cuanto tal, sino que se construye socialmente (Berger y Luckmann, 1993). El hombre de la calle, de acuerdo con esta teoría, “construye” su concepto de masculinidad –con el que luego se identifica y trata de realizarlo en sí mismo-, conforme a las opiniones y al pensamiento dominante propio de la época en que vive. No parece sino que se hubiera seguido aquella afirmación de Hegel de que primero está la teoría y luego los hechos, que, en cualquier caso, hay que forzarlos de acuerdo con la teoría, de manera que a ella se acomoden y ajusten.

Según esto, en función de cuáles sean las interpretaciones que la sociedad hace de la “masculinidad”, así será el modo en que cada ciudadano “construye” luego su “género” (Lagarde, 1996).

Tal “construcción” -inicialmente teórica o representacional- se hace luego realidad y se encarna en la singular existencia de la persona, en forma de comportamiento. Esto es lo que acontece con una cuestión como esta del “género”, de la que en última instancia ha de depender –y mucho- el propio comportamiento de la mujer y el varón.

El punto de partida del constructivismo es la negación de la realidad. Es decir, lo real no existe en cuanto tal, sino que cada quien lo construye a su manera. Esta negación de la ontología, sustituye lo “real” por la “interpretación de lo real”. Pero en modo alguno explica la “realidad” de la que parte –pues de alguna realidad hay que partir-, o la “cosa” que más tarde interpretará, pues, a lo que parece, nadie sabe ni le interesa cómo, porqué o para qué la “cosa” real es así o está ahí, aunque constituya un hecho indudable el que sea así y esté ahí.

Esta teoría conduce de inmediato al vértigo del relativismo, en que yanada es lo que es, porque todo varía según sus "constructores" o las interpretaciones subjetivas que cada persona hace de la "cosa" real.

Sin duda alguna, hay una cierta "construcción social" de la realidad, pero a partir de la misma realidad -que también existe en tanto que real-, que es anterior a todo constructivismo, hermenéutica o interpretación, pues de lo contrario ninguna construcción sería posible.

A la realidad construida por las opiniones, interpretaciones, atribuciones y estereotipias sociales sería mejor denominarla con el término de "realidad añadida". "Realidad" porque, sin duda alguna, acontece en el mundo observable y, además, nos afecta; y "añadida", porque presupone la realidad fontal y fundante sobre la que aquella se apoya, de la que procede y sin cuya presencia la "realidad añadida" no sería posible.

Todo lo cual pone de manifiesto que lo que pensamos modifica la realidad y, en cierto sentido, la recrea. Y, sólo parcialmente, es verdad. Pero preciso es admitir que su fundamento no es la "construcción" que la persona o la sociedad hacen de la realidad, porque ninguna persona ni la entera sociedad son dioses capaces de crear "ex nihilo" y "ex novo" la realidad a la que necesariamente hay que atenerse -incluso también en el caso del constructivismo.

Esto sucede en parte porque son muy pocos los que en la actualidad tienen una profunda convicción acerca del poder del pensamiento, aunque usen de él para la "construcción" de la realidad de su propio género. Ahora la única convicción firmemente asentada en algunos es que lo único existente es lo que se cotiza en bolsa, es decir, el dinero. Se ha olvidado que las ideas son más importantes que el dinero. Este desfondamiento y oscurecimiento de la razón es lo que ha hecho posible la emergencia social de la "construcción del género", que ahora nos ocupa. En el fondo, el cambio del pensamiento sí que cambia la realidad y, a lo que parece, de forma muy relevante.

Tal vez por eso está de moda afirmar que cada persona es libre para "construir" su propio género. Sin embargo, con la otra realidad, la del sexo, son muy pocos los que se atreven -por ahora- a sostener que también hay que "construirlo". Es lógico, porque lo biológico es una realidad tozuda y muy

resistente a ser cambiada; de aquí que resulte en tantas ocasiones inquebrantable e inmodificable. Pero, no obstante, en opinión de quien esto escribe, es previsible que a la "construcción del género" le siga muy pronto, lamentablemente, la "construcción del sexo" (teórica, funcional y práctica).

En realidad, es mucho más difícil cambiar el sexo biológico, porque aunque pueda cambiarse quirúrgicamente en muchos de los aspectos biológicos que le caracterizan no puede ser cambiado. Se observa aquí una limitación, una barrera ante la que, de alguna manera, el constructivismo cultural ha de detenerse y asumir esa "realidad" preexistente a él e inmodificable por él, y respecto de la cual experimenta una cierta impotencia al no poder modificarla o "construirla".

En cambio, en el caso del género, esta modificación autoconstructivista es mucho más fácil, aunque también tenga sus consecuencias. Unas consecuencias éstas, tanto más graves cuanto mayor sea la distancia real entre el "sexo" (biológico) y el "género construido" (culturalmente).

Esto del género no es nuevo; también Adán construyó su género, aunque muy probablemente sin saber que lo hacía. Entre otras cosas, porque una cierta y relativa "construcción" del género acontece siempre, como consecuencia de la sustancia misma del comportamiento sexual: la interacción comprometida con otra persona, y las interpretaciones que luego cada una de las personas hacen de ello.

En el fondo, más que hablar de "construcción del género" sería más pertinente tratar de contestar a preguntas como las siguientes: ¿cómo se forma el género de una persona? ¿elige cada persona libremente su propio género o lo hace condicionada por sus circunstancias culturales?, ¿dispone de algunos límites a los que atenerse para la "construcción" de su género?, ¿puede influir en esa "construcción" acontecimientos o eventos no elegidos por la persona, pero que sí influyen en ella y la condicionan?, ¿cuáles son las etapas evolutivas a cuyo través se desarrolla el género personal?

Son muchas las preguntas sobre este particular, como acabamos de observar, que todavía no tienen una respuesta rigurosa. Apelar, por eso, a una única teoría explicativa –la del constructivismo–, por otra parte todavía no verificada, no parece que pueda calificarse de riguroso tal modo de proceder. En

mi opinión, la génesis y desarrollo del género de cada persona depende de muchos factores, uno de los cuales es, sin duda alguna, las relaciones e interacciones que esa persona establece con otras personas del mismo y de distinto sexo. Estas interacciones están abiertas a un flujo, a un universo indefinido de variables, la mayor parte de las cuales no son conocidas ni controlables por la propia persona.

La "construcción" del género depende mucho de la educación, de la interacción con los padres, de los valores, actitudes, proyectos vitales, sentimientos, percepción de la realidad, convicciones, creencias, imaginación, emociones, fantasías e ilusiones, conducta sexual, es decir, lo que constituye un universo de variables personales y culturales, cuya imposibilidad de control por el sujeto resulta obvia. De aquí que la "construcción" del género, a pesar de que se hable tanto de ello, todavía hoy sea un misterio.

Por otra parte, la construcción del género –esto que parece ser lo último que en el siglo XXI hemos descubierto-, es antiquísima. Es más, nunca ha habido una persona que no haya construido su género. Por tanto, en este punto parece conveniente adoptar una actitud un poco menos ingenua y más crítica y desmitificadora.

Lo que tal vez sea nuevo es el intento de presentar el género como frontalmente opuesto al sexo; como si se tratase de dos realidades –una natural y otra "construida"- que nada tuvieran que ver entre sí. Este planteamiento constituye un error más del pensamiento contemporáneo. Pues, la realidad –tanto la del sexo, como la de ciertos rasgos sectoriales del género, que en aquél se fundamentan- es tozuda y aunque también sea permeable, sensible y vulnerable a lo que acerca de ella pensemos, en cierta forma se torna también resistente a la acción transformadora de los pensamientos.

Si estudian una cosa tan natural como el amor humano, comprobarán enseguida lo mucho que ha cambiado desde, por ejemplo, el modo en que se concibió en la edad media, el renacimiento, etc., y los diversos tipos que en esas diferentes etapas surgieron (el amor leal, el cortés, el heroico, el burgués, etc.). Estas "construcciones" sociales del amor humano, como representaciones mentales de la realidad, sustituyeron en algún sentido el modo de concebir la realidad del amor en otras etapas anteriores.

De aquí que se pueda sostener que, hasta cierto punto, contribuyeron a generar una cierta nueva realidad en el modo de concebir el amor humano. Pero de ello ni siquiera el constructivista de aquella época -el arquitecto icónico y representacional-cognitivo de entonces- fue apenas consciente. La ignorancia, no obstante, acerca del efecto hermenéutico y trasformador del concepto de amor de esas etapas, no dejó de afectar por ello a todos -también al "ingeniero" icónico, tal vez un poco ignorante de lo que él mismo estaba cambiando, sin apenas darse cuenta de ello.

Admitamos, por el momento, que el género tiene que ver más con lo cultural y que siempre ha sido muy versátil, que no ha tenido un canon muy definido y bien fundamentado en la biología, que no alcanzó a establecerse nunca como la excelencia de una normativa rigurosa y depurada, en definitiva, que no es algo rígido e inmodificable.

Esa relativa flexibilidad del género es precisamente la que posibilita aumentar los grados de libertad respecto de las decisiones por las que cada persona opta y de los cambios de roles que, en esto del género se han sucedido a lo largo de la historia.

¿Tan importante es, hoy, que cambien los roles masculinos? En opinión de quien esto escribe, tales cambios tienen una gran importancia, porque son dependientes de los cambios radicales que en la década de los sesenta se produjeron en la mujer, en relación con la maternidad y su incorporación al ámbito laboral.

Los cambios que hoy se demandan al hombre vienen exigidos por los que cuatro décadas atrás se produjeron en la mujer, lo que manifiesta -una vez más- la natural complementariedad existente entre ellos. Muchos de esos cambios, sin embargo, se están produciendo sin saber por qué, ni cómo, ni para qué. Aquí hay muy poca ciencia y falta mucha investigación, mientras que tal vez sobra cierto exceso de ideología. Y, sin embargo, los cambios se están dando y de una forma acelerada, lo que constituye un tremendo error.

¿Por qué proceder de esta manera es un error tremendo? Porque hombre y mujer se exigen recíprocamente en una complementariedad mutua que tiende al perfeccionamiento de ambos y al enriquecimiento de los dos, de lo que depende en última instancia el desarrollo afectivo de los hijos y el progreso de la entera

sociedad. Si esto falla, se quebrará la afectividad de muchas personas de la próxima generación, como resultado de lo cual la sociedad se empobrecerá.

Si se cambian en los varones los roles de los que depende su género - como mujeres y hombres tienen que ensamblarse en el tejido social al cual dan origen y en el cual están inmersos los hijos-, el ensamblaje optimizador entre ellos no se producirá. Pero allí donde el comportamiento del hombre y la mujer no logran ensamblarse -como consecuencia del cambio introducido en los roles masculinos y femeninos- se producirán conflictos; y si hay conflictos entre ellos se quebrará el desarrollo emotivo de los hijos, por lo que todos perderemos y nadie ganará.

Este tipo de conflicto está hoy servido, configurándose como un problema para el que, por el momento, no se han encontrado soluciones. Allí donde no hay ciencia, hay pereza, bostezo y cansancio, y la investigación resplandece por su ausencia. Allí donde no hay ciencia, hay ideologías. Si se supiera muy bien en qué consiste el rol masculino y el rol femenino, se acabaría con el machismo y el feminismo, a pesar de lo mucho que pueda costar su extinción social. Pero si supiéramos a qué atenernos se acabaría también con tanta verborrea, equivocidad y confusión. Es decir, se pondría fin a la perspectiva ideologizada, opaca e intrasparente, tan útil a las interpretaciones manipuladoras, que constituye un hito emblemático y característico de la actual sociedad fragmentaria.

Paternalidad, maternidad y filiación: el escenario donde surgen y crecen los afectos

La paternidad exige y es exigida por la filiación. Lo mismo acontece con la maternidad. Es preciso admitir que hay una co-pertenencia entre los tres. Sin hijo no hay padre ni madre. Y sin madre y padre no hay hijo. Los padres no son jamás padres "de quita y pon", padres *ad tempus*, padres temporales que en cualquier momento pueden dejar de serlo con la facilidad de quien se cambia de chaqueta.

Los padres pueden no asumir sus responsabilidades, pero sin renunciar por ello a la paternidad o maternidad que les caracteriza y confiere un especial

estatuto constitutivo, biográfico y personal. Lo mismo sucede respecto de la filiación. Se podrá admirar, respetar y reconocer o no a los padres, pero siempre habrá ese hecho tozudo e innegable – el de “ser hijo de” - que remite inevitablemente a la cuestión acerca del propio origen (Polaino-Lorente, 1999).

Paternalidad y filiación se exigen recíprocamente. Esta exigencia es tan radical que cualquier hijo (una sola persona) está necesaria e igualmente referida a dos personas diversas: el padre y la madre. La diversidad que emana del modo en que las personas están naturalmente moduladas (hombre y mujer) no genera confusión en los hijos sino complementariedad, perfección, amplitud y enriquecimiento en el modo de habérselas y relacionarse con otras personas.

La identidad del hijo o de la hija se refuerza tanto más cuanto mejor y más arraigadas estén la masculinidad y feminidad de sus padres, de los que proceden y a la que están expuestos, como modelos naturales de referencia. La diversidad del padre y de la madre –y de la masculinidad y feminidad que les singulariza- no genera en el hijo o hija confusión sino identidad con uno de ellos (el del mismo sexo) y unión y complementariedad con el otro (el de diferente sexo), además de el necesario aprendizaje de las buenas relaciones que debieran darse entre ellos.

Este es el contexto, el escenario natural en el que emergen los primeros sentimientos –las tempranas experiencias emotivas- de los hijos. Lo que conocemos con el nombre de apego –*attachment*-, es precisamente ese vínculo afectivo, cognitivo, perceptivo, motor, etc., que se establece de una manera efectiva entre los hijos y sus respectivos padres o, en ausencia de éstos, con las figuras de apego a las que están expuestos (Vargas y Polaino-Lorente, 1996).

La afectividad de los hijos no es indiferente al modo en que los padres les manifiestan sus respectivos afectos, tanto en lo que se refiere a sus aspectos cuantitativos como cualitativos. El protosentimiento, el primer sentimiento que casi siempre las personas suelen recordar es un afecto reactivo. Un afecto que no surgió de la nada, ni de sí mismo, sino que emergió como consecuencia y reacción al comportamiento afectivo expresado por uno o ambos de sus progenitores.

Es esta diversidad y complementariedad afectiva de los padres, precisamente, el lugar donde se acunan, modelan y acrecen las primeras experiencias afectivas de los hijos, experiencias que en alguna forma contribuyen a configurar en ellos un cierto talante afectivo singular y característico. Naturalmente, ese talante no sólo depende de estas experiencias –sino también de otros muchos factores, principalmente del temperamento-, pero son éstas las que por su naturalidad, inmediatez y novedad originaria pueden ser denominadas como autoconstitutivas.

La diversidad y el encuentro en los hijos de esas dos modalidades afectivas tan diversas es una característica peculiar de ese carácter bicéfalo del matrimonio, al que tanto debe su formación y educación en la afectividad. No es este el momento de considerar las diferencias en que se fundamenta el hecho diferencial de la afectividad masculina y femenina de los padres. Cualquier observador avezado podría ofrecer un extenso inventario de rasgos con el que poder probar la existencia de tales diferencias afectivas y ciertos estilos y rasgos de comportamiento que contradistinguen al padre de la madre. Sea como fuere, el hecho es que también la madre y el padre se comportan de modo diversos en función de que se relacionen con un hijo o una hija. De aquí que esas diferencias no sólo atañan a la diferenciación de los padres –según su sexo-, sino también a la misma diferenciación sexual de los hijos.

El talante afectivo de los padres y la diversidad afectiva de los hijos e hijas

Llegados a este punto, es posible considerar ahora algunas de las diversas manifestaciones afectivas que caracterizan a hijas e hijos.

Los hijos tienen afectos. A los hijos les afectan sus propios afectos, porque los sentimientos resuenan incontenibles en ellos, aunque de un modo diverso según su sexo. Además, las hijas e hijos quieren querer (aunque no saben cómo) y también quieren ser queridos (aunque no acaban de percibir bien las manifestaciones de afecto que reciben de las personas que les quieren).

A los hijos e hijas les afectan también los afectos de los demás, ante los cuales en muchas ocasiones no saben cómo comportarse. A ello se añade el que todavía no saben diferenciar del todo el afecto que experimentan respecto de un compañero (amistad), del afecto o atracción experimentadas ante una persona de distinto sexo (amor). La confusión entre ambos suele ser especialmente frecuente entre los adolescentes. Todo esto tiene que ver con las aportaciones que, por vía de la maternidad y la paternidad, les llegan de sus padres.

Es probable que uno de los más relevante contenidos temáticos diferenciales (entre hombre y mujer) para tratar de entender la actual crisis de la masculinidad sea el relativo al ámbito de la afectividad. Es éste un ámbito muy resbaladizo y mal estudiado –un auténtico laberinto-, a pesar de que si nos fijamos de ciertos indicadores sociales es, sin duda alguna, la función psíquica que más interesa a la mayoría de las personas. Si la afectividad no interesara tanto, no se habrían puesto en circulación tantas “revistas del corazón” y con una tirada siempre en aumento. Lo mismo habría que decir de muchas novelas, films, programas de televisión, etc.

Por otra parte, en los niños y adolescentes la afectividad barbotaba debajo de su piel y agita continuamente su corazón. La mayoría de los conflictos adolescentes están varados en el emotivismo, clave que ha de ser tenida en cuenta para ayudarles a resolver sus problemas. Esto sucede tanto en las chicas como en los chicos, por cuanto unas y otros son en esto especialmente vulnerables y se desenvuelven y transitan o merodean casi siempre alrededor de lo que suelen referir como experiencias de “enamoramiento”.

El hecho es que en muchos adolescentes hay como un “analfabetismo afectivo”, a pesar de que hoy esté de moda hablar de la “educación sentimental”. La mayoría de los adolescentes se resisten a hablar de sus emociones y sentimientos más profundos. Por eso ante la pregunta de “¿cómo te encuentras, cómo te sientes?”, casi todos responden con la contestación anodina, lacónica y formularia de “bien”. Esta respuesta no es significativa, sino que constituye apenas un tópico vacío de significado, un artefacto lingüístico y asignificativo, un mero *flatus vocis* mecánico y automatizado que, en la práctica, nada expresa.

Para arrancarle a un adolescente que manifieste lo que realmente siente es preciso insistir y persistir en la cuestión con formulaciones diversas, con tal de que todas las cuestiones que se le plantean sean respetuosas, parsimoniosas, consistentes y adecuadas.

En este punto el comportamiento del chico y de la chica adolescentes suele ser muy diverso. De ordinario, el varón adolescente niega sus emociones, que es tanto como negar la necesidad que tiene de reconocer que las experimenta, que bullen dentro de él, que le agitan, que le hacen sentirse mejor o peor, en definitiva, que también él es una persona a la que sus afectos le afectan.

La negación de toda afección sentimental es sólo una pirueta ocultadora, antinatural, contradictoria y a veces perversa, por cuanto que los sentimientos están al servicio del encuentro consigo mismo -y en función de lo que se decida-, se ordenan luego a ser comunicados y compartidos o no con otro o con otra. Esta negación radical y continua de la vida emotiva, por los varones adolescentes, en nada se parece a lo que acontece en las mujeres adolescentes.

La mujer adolescente suele disfrazar sus emociones, pero al menos no las disfraza siempre. Y aunque las disfrace, desde luego no las reprime tan radicalmente como el varón adolescente. Es posible que la joven adolescente disponga de una mayor facilidad para disfrazar sus emociones que el varón adolescente, pero a pesar o precisamente por ello, con harta facilidad encuentra siempre "alguien" con quien se sincera, abre su corazón, se comunica y llega a compartir la intensidad abrasadora de sus sentimientos vitales, anímicos y espirituales. Cosa que no suele ocurrir en el varón adolescente, a causa de su hermetismo emotivo.

Tal vez quepa inferir de esto, que el aislamiento emocional es muy superior en el varón que en la chica adolescente. Este hecho diferencial sí parece estar de acuerdo con el concepto de masculinidad que el adolescente ha aprendido, y con el "código varonil" que ha interiorizado. Una y otra forma de expresar las emociones -y también de percibir las- está en gran parte condicionada por el talante afectivo de la madre y del padre que han observado y a los que han estado expuestos de forma relevante.

Ahora bien, si el varón adolescente reprime su afectividad hasta casi extinguirla, lo lógico es que esté enmascarando su más auténtica forma de ser y lo que más le interesa, que no es otra cosa que quererse a sí mismo, ser querido por los demás y querer a quienes le rodean.

Estas tres necesidades vitales suelen estar presentes en cualquier persona y acontecen también en el varón adolescente. Pero como no encajan, no llegan a ensamblarse con el concepto de "masculinidad" de que dispone el adolescente, tratará erróneamente de aplastarlas, quebrarlas o disolverlas, sin apenas alguna eficacia.

Este es su problema, su mayor problema. Si su afectividad ha sido aplastada, no es porque sus amigos no puedan aceptarla, sino porque ha tratado de secuestrarla y encubrirla con actitudes fanfarronas de chico "duro", independiente, indiferente al afecto de los demás, impermeable a los afectos ajenos, es decir, como una insolente y emblemática persona solitaria que, sólo en apariencia, de nadie necesita.

Pero esa postura es falsa e inauténtica, como se manifiesta en muchos fragmentos y manifestaciones de su vida adolescente, especialmente cuando ese varón se aísla y refugia en su habitación. Tal actitud insolente es simultáneamente compatible con que derrame ardientes lágrimas acurrucado en la cama o fumando a escondidas un cigarrillo o asomado a la ventana presa del aburrimiento y del sinsentido.

La conducta de la chica adolescente es muy distinta, como puede observarse incluso en el registro de un gesto muy natural, casi tópico, en ciertas secuencias de bastantes películas. Ante un problema, ante una contrariedad que le afecta y no sabe cómo resolver, cualquier espectador puede predecir rigurosamente lo que en la escena siguiente sucederá: la adolescente corre y huye de la situación donde surgió el conflicto, abre una puerta y se desploma —si es que no se lanza a su cama, y rompe a llorar, sin importarle que alguien la haya seguido y la esté observando. Este sí que es un hecho diferencial en el comportamiento afectivo entre chicos y chicas adolescentes.

Al menos desde la perspectiva de la sociología explícita, se asume hoy —como un lugar común— que, por ejemplo, las chicas son más profundamente

afectadas cuando rompen con el compañero con el que salen, que los chicos. Infortunadamente, esa perspectiva sociológica en modo alguno coincide con lo que observamos en las consultas de psiquiatría. Por lo común, al menos en este escenario clínico, el varón adolescente en conflicto amoroso, cercado con hábiles preguntas, acaba por deponer las armas, llegando a manifestar que los sentimientos por él experimentados son tan radicales o más que los manifestados abierta y espontáneamente por las chicas adolescentes en iguales circunstancias.

Esta diferencia de actitudes entre chicos y chicas adolescentes genera muchas consecuencias, algunas de ellas fatales para los chicos. Las chicas suelen salir antes de sus crisis sentimentales y son capaces de resolverla mejor que los chicos, sea porque olvidan antes, sea porque sustituyen inmediatamente al compañero que dejaron o les dejó por otro.

Los chicos, en cambio, se comportan de otra manera. Es probable que no manifiesten lo que les ha pasado ni a sus íntimos amigos, a pesar de que su comportamiento, a causa de ello, se torne raro. Ese ocultamiento del conflicto pone en marcha inferencias, juicios y conclusiones muy disparatadas como, por ejemplo, que "todas las mujeres son iguales", "la odio profundamente", o "para ella es como si me hubiera muerto".

Ninguno de estos juicios se sostiene por sí mismo, como consecuencia de la generalización en que incurre y de la universalización abstracta a que somete el adolescente el problema de su propio y concreto conflicto, todavía no resuelto. En este punto, la terapia cognitiva (Beck, 1998) ha puesto de manifiesto la debilidad de muchas poses masculinas –erróneamente atribuidas a la masculinidad- y su incapacidad para resolver los conflictos afectivos.

Lo que Kindlon y Thomsom (2000) denominan "cultura de la crueldad", característica que atribuyen al ámbito de los varones adolescentes, con toda probabilidad tiene aquí su origen. Si el conflicto emocional no se resuelve, es muy probable que se metamorfosee luego en forma de agresividad manifiesta, sea a través de la incomunicación total con las personas que le rodean (hacerse presente por medio del silencio), sea a través de la acritud e irónica rebeldía disolvente de todo cuanto se afirme o sostenga, o sea a través de una abierta conducta agresiva.

Ninguna de las anteriores vías empleadas por el adolescente son eficaces para resolver el conflicto emotivo, sino más bien para intensificarlo, extenderlo y complicarlo todavía más. En cierto modo, la "cultura de la crueldad" no es nada más que la punta del *iceberg* de la "cultura narcisista", que muestra su impotencia para afrontar y resolver un modesto problema, por otra parte muy frecuente.

Si el varón adolescente se percibe como alguien que ha sido desestimado por la persona que él más estimaba –suelen formular así sus conflictos emotivos–, lo "lógico" para él, lo más varonil –según su criterio– es que se odie a sí mismo, entre otras cosas porque si no le estiman es porque no vale. Pero si se odia a sí mismo –teniendo en cuenta que él mismo es la persona a la que más ama, por su peculiar narcisismo adolescente–, ¿cómo podrá querer a los demás?

Si se odia a sí mismo, lo más varonil es también odiar a los demás; más aún, manifestar el odio que lleva dentro a quienes le rodean, para que al menos participen de alguna manera de su dolor y entiendan lo mucho que está sufriendo. Esto es lo que hace que la convivencia con un varón adolescente en conflicto resulte insoportable, especialmente si los padres no están avisados de lo que a su joven hijo le está sucediendo.

Maternidad y paternidad en el abordaje del adolescente en conflicto

Tal vez por eso y por la incomprensión que les acompaña, los padres se sientan completamente incapaces para ayudarle. Más aún, cuanto más intentan ayudarle –lógicamente, con gestos, procedimientos y estrategias que en modo alguno son pertinentes–, menos lo consiguen y más se acrece el conflicto. Si los padres tratan de hacer que su hijo adolescente relativice lo que le pasa, más incomprendido y aislado se sentirá el joven adolescente, por lo que supuestamente tendrá motivos adicionales para enfurecerse y odiar todavía más a sus padres.

Si, por el contrario, la madre trata de aproximarse a él con ternura o procura que le cuente lo que le pasa, el varón adolescente se sentirá controlado o experimentará que su madre le compadece, lo cual todavía le hunde más y le

desacredita en lo más profundo de su masculinidad mancillada. Porque, según él, “un hombre jamás debe ser compadecido”. Y así podríamos continuar con muchas de las escenas que, lamentablemente, acontecen en la vida familiar donde está presente un varón adolescente que ha sido herido en sus emociones.

En estas circunstancias, la intervención del padre resulta imprescindible. No se trata tanto de consolarle como de comprenderle. Es decir, de ayudarlo a que se entienda a sí mismo, de ayudarlo a relativizar la situación de perplejidad en que se encuentra, a tal vez de hacerle conocer –lo que aumenta la buena complicidad entre padre e hijo- algo parecido que le sucedió a su padre, y que en este momento se lo cuenta, sincerándose con él.

Esto pone de manifiesto que su afectividad es dependiente de los afectos de los demás y, por consiguiente, también muy vulnerable. Se diría que muchos adolescentes desean más ser amados que amar, y hacen todo lo posible para conseguir lo primero sin plantearse lo segundo. Es por eso que se comportan como personas reactivas a las situaciones en que viven. Han formateado su afectividad erróneamente, haciéndola depender de la estimación de valor que los demás le atribuyen o que ellos piensan –sin haberlo verificado- que los demás les atribuyen.

“Si valgo mucho –se dicen a ellos mismos- me querrán más. Es así que no me quieren, luego nada valgo”. Pero el valor de que aquí se trata, tal y como el adolescente lo entiende, no es el valor objetivo, singular y personal. Se trata más bien del “valor” que los demás le atribuyen o que él supone le atribuyen.

El varón adolescente no ha conquistado todavía la necesaria independencia personal, y depende mucho más de las manifestaciones de afecto que recibe –y de las que tanto necesita, a pesar de que de ellas nunca hable-, que de su personal disposición a querer a los demás. Un adolescente así, toma, pide, exige afecto y, por conseguirlo, llega incluso a arrastrarse a sí mismo.

Pero un adolescente así no da nada, no toma jamás la iniciativa, es incapaz de salir de sí mismo. Es más una persona “tomante” que “donante”, y mientras siga siendo sólo un “tomante”, ni es libre, ni es independiente, ni es invulnerable. Y eso a pesar de que se revista de una “bella y estudiada indiferencia”, que en apariencia le asemeja a un varón estoico. Se trata aquí de un estoicismo prestado,

de una impostura estoica, de una débil falsificación que acabará por hacerle estallar en mil pedazos, sólo cuando se dé un encuentro real y auténtico con otra persona.

Los "rostros impenetrables" son en los adolescentes casi siempre postizos y relativamente fáciles de penetrar en ellos si se adoptan las necesarias actitudes de fortaleza, comprensión, autenticidad y madurez varonil. Si el adolescente experimenta que otra persona de su mismo género se interesa por él y con su ayuda hace que se desvele en él, poco a poco, lo que le pasa -a la vez que le exige y le comprende-, el adolescente depona sus armas y alivia su conflicto.

Este acercamiento al varón adolescente en conflicto no se puede improvisar. Lo ideal es que su propio padre le hubiera tratado así y se hubiera servido de esas mismas actitudes con él, desde su nacimiento. Si el padre le ha contemplado desde pequeño, siempre desde una larga distancia y en un tiempo escaso, en la práctica es imposible que ahora, una vez llegada la adolescencia, pueda abordarlo y ayudarlo en sus problemas.

Si, por el contrario, padre e hijo han hablado muchas veces de temas diversos -no estrictamente relacionados con el rendimiento académico-, si el padre le ha contado -en ese espacio de intimidad compartida de un hombre frente a otro hombre- alguna de sus pequeñas dificultades, si ha reconocido que alguna vez también él sufrió y lloró por una causa parecida, es decir, si se ha establecido cierto *feeling*, si hay "química" entre padre e hijo desde la infancia, es más que probable que el padre pueda ayudar a su hijo adolescente a resolver sus pequeños problemas. Cuando este modo de proceder jamás se ha empleado con el hijo adolescente, entonces hay que recurrir a los expertos, es decir, al psiquiatra y al psicólogo.

El "analfabetismo emocional" de los adolescentes y la ausencia de contacto con sus padres varones

Tal vez resulte excesivo atribuir todo este "analfabetismo emocional" de los varones al estereotipado concepto de masculinidad que está insito en ellos. No obstante, mucho hay de ello en la interacción y el mismo ensamblaje entre masculinidad y afectividad.

Se cumple ahora un cuarto de siglo desde que Brannon y David (1976) describieron las cuatro notas características que distinguían, entonces, a la masculinidad y que sintetizo a continuación:

- (1) La masculinidad consiste en el repudio de lo femenino.
- (2) La masculinidad es evaluada por la riqueza, el poder y el status social.
- (3) La masculinidad requiere la impenetrabilidad en las emociones.
- (4) La masculinidad exige destacar, ser agresivo y realizar acciones arriesgadas en nuestra sociedad.

La formulación de estas notas características dibujan un “personaje” singular, el varón adolescente, que, por fuera, ofrece la imagen de un roble vigoroso, poderoso y decidido, cuyas decisiones y acciones bordean siempre los límites de la audacia y la imprudencia. Esta imagen, aunque está lejos de ser un análogo de “Superman”, trata de aproximársele.

Habría que preguntarse si esta es la imagen que conviene a cualquier varón y si, además, es la imagen con la que sueñan las mujeres. Probablemente ni lo uno ni lo otro. Pero, sin embargo, continúa manteniéndose; y, a lo que parece, tiene un buen soporte social. Pero funcionalmente, esta imagen está desajustada, tanto para realizarse en cada hombre concreto, como para procurar la felicidad de las mujeres.

La ausencia del padre (Polaino-Lorente, 1993, 1994a y b, y 1995), su no comparecencia en el encuentro con el hijo, su “deslocalización” de la convivencia en el hogar, condiciona poderosamente este desarrollo afectivo tan anómalo en sus hijos. Un desarrollo nefasto por cuanto hace daño al hijo, genera distancias y rencores respecto del padre y, lo que es peor, puede incapacitar al hijo a la larga para hacer feliz a la mujer de su vida.

Las anteriores notas, por otra parte, se realizan de modo diverso en las diferentes personas y, muy probablemente también, en las distintas culturas. Pero alguna huella vestigial queda de esta imagen en lo recóndito del mapa cognitivo de los varones adolescentes, y contribuyen a inspirar el modelo de

hombre que quieren llegar a ser. La fanfarronería, la violencia y la misoginia de los varones adolescentes han encontrado en las anteriores notas el caldo de cultivo, el necesario *humus* donde arraigar de forma poderosa.

Las consecuencias de este concepto estereotipado de masculinidad se dejan fácilmente sentir y no son muy provechosas que digamos. Se impone, pues, la construcción de un nuevo concepto de masculinidad. Para ello no basta con el trabajo de gabinete, y menos aún con el trabajo de laboratorio. No se trata tanto de que alguien diseñe cómo ha de ser el varón en el siglo XXI –conjetura que nadie está en condiciones de asumir-, como de arbitrar el apropiado diseño educativo a cuyo través los padres varones contribuyan a la configuración del concepto de “masculinidad” que ha de formarse en sus hijos.

Naturalmente esta educación la tienen que hacer los padres varones, puesto que no disponen de nadie que pueda sustituirlos y tanto más, como hemos visto, cuando se vive bajo la amenaza de una confusa sociedad en lo que a la educación afectiva se refiere. A través de esta última es como el niño, que luego será adolescente, tiene que identificarse con el progenitor varón. Este proceso de identificación es muy largo en el tiempo, aunque comienza con el mismo nacimiento del hijo.

El niño, apenas nacido, es un *espectador* de su mundo, que observa a su manera lo que sucede en su entorno. En esa etapa es necesario que se dé una frecuente interacción entre padre e hijo. Podría ser suficiente que el padre le abrazara, jugara con él, le acariciara, le cantara alguna canción, le contara o leyera algún cuento, practicara con él algún entretenimiento, etc.

Trascurrida la primera infancia, el niño antes que nada es un excelente *actor*. El niño imita todo cuanto ve y oye. En esta etapa es de vital importancia que el padre se deje oír y ver, porque el niño le imitará. Para que esas observaciones visuales y auditivas sean eficaces, es muy conveniente que en el comportamiento del padre en interacción con su hijo se manifiesten numerosos valores, porque entonces, casi sin esfuerzo, el actor que es su hijo tratará de reproducirlos.

Es aquí donde hay que introducir vigorosamente la educación de los sentimientos, puesto que es el contenido irrenunciable del que todo actor se sirve en la representación del papel que realiza. Esta etapa es muy larga, y

durante ella convive también -aunque en diversa proporción- el papel de espectador de la etapa anterior, que se ensambla en el hijo de forma personalizada e integrada.

Más tarde, ya próxima la pre-adolescencia, el hijo se decide al fin a manifestar al *autor* que lleva dentro. Sólo entonces se sentirá capaz de tomar decisiones, acometer proyectos, pensar por cuenta propia, es decir, todo lo que lleva parejo el hecho de sentirse único, irrepetible y dueño de su propia vida.

En esta etapa debe también haber mucha interacción entre padre e hijo. Es el momento para dialogar acerca de muchos e importantes temas, competir practicando algún deporte, compartir pequeñas dificultades, éxitos y fracasos, alegrías y tristezas, aficiones y frustraciones, ilusiones y expectativas, etc.

En esta etapa reaparecen también los papeles de espectador y actor de las etapas anteriores, en los que el niño como autor se inspira para tratar de ser quien realmente es, aunque la representación más emblemática por la que opta es la de autor.

La educación afectiva debe atravesar todas estas etapas, estando siempre presente en ellas en mayor o menor cuantía, en función de cuáles sean los requerimientos exigidos por el desarrollo afectivo del hijo.

A lo largo de este proceso los padres deben estar avisados de que la educación de la afectividad constituye una de las piezas fundamentales que más tarde sostendrá el comportamiento de su hijo adolescente. Deben estar avisados de que las notas estereotipadas que sociológicamente definen la afectividad masculina en la actualidad, han de ser profundamente revisadas y prudentemente modificadas, si así lo exige el caso.

No se trata, pues, de iniciar un cambio de roles que sea radical, sin antes valorar los pros y los contras o simplemente las consecuencias que tales cambios pueden generar en el comportamiento de los hijos. Sí parece muy apropiado dar una mayor centralidad a la vida emocional en la configuración y desarrollo de esa masculinidad naciente.

Se trata de vertebrar la nueva y emergente masculinidad no tanto de acuerdo a los diversos modelos puestos en circulación en la actual sociedad, como de repensar qué masculinidad es más conforme al código genético, al sexo biológico del hijo, a su personalidad, al mismo tiempo que sea la que satisfaga

más y mejor, la que transforme y optimice los requerimientos –algunos fundamentados, otros sin fundamento alguno- del actual código social masculino.

La maternidad y la educación sentimental de la hija adolescente

El comportamiento que se observa en las chicas al llegar a la adolescencia sufre también un cambio profundo. La influencia de la madre es aquí decisiva, aunque no es infrecuente que la madre se transforme, a los ojos de su hija adolescente, en su "mayor enemiga", mientras que "adora a su padre". No hay que asustarse por ello. Es que está descubriendo y "asumiendo" el modelo implícito de feminidad de que dispone y, por eso, compite con su madre. La alianza padre-hija y la admiración de ésta por su padre puede ayudarle mucho en su desarrollo afectivo.

A la madre le conviene relativizar ese pequeño rechazo personal de su hija adolescente. Tampoco debiera experimentar o alimentar los celos respecto de su esposo que acaso desencadene el comportamiento de su hija. Ya vendrán tiempos mejores –basta con esperar dos o tres años- en que la madre volverá al digno lugar que le corresponde en la percepción afectiva de su hija. Además, lo bueno de las crisis adolescentes es que se pasan con el tiempo. Pero conviene que en ese periodo no se produzcan demasiadas fracturas en las relaciones entre la hija y su madre –a la que tanto necesitará después-, a fin de que la adolescente sea capaz de sacar la mejor persona que lleva dentro.

Cuando la chica llega a la adolescencia, el habitual parloteo y griterío que le caracterizaba en la pre-adolescencia, enmudece. Ahora se vuelve más reservada y, en apariencia, más prudente también. Sus poses son más delicadas y contenidas, porque entiende que así es como se comporta una señorita, confundiendo esos comportamientos con las categorías claves de su feminidad. Experimenta que lo deseable socialmente, lo que esperan de ella como mujer es precisamente eso: control de sus impulsos, simpatía, delicadeza, finura en el trato y una cierta reserva, de manera que su intimidad quede opaca e intransparente a la mirada de curiosos y extraños. Este modelo ayuda al crecimiento del mito sobre el misterio de la mujer, del que sin duda alguna se alimentará durante la adolescencia.

Esto es compatible con que la adolescente se haga transparente en el diálogo con su "amiguísima del alma", llegando hasta extremos de una confidencialidad inusitada. Pero los contenidos de ese discurso explícito en la íntima conversación con su amiga del alma es el que jamás se hará explícito en el escenario social.

A lo que se ve, estamos ante dos modelos de comportamiento opuestos y radicalmente enfrentados. Bastaría comparar el "discurso interior" e inefable del adolescente varón con el discurso de la adolescente mujer con la amiga íntima para que pudiéramos establecer una negativa correlación entre ambos, por otra parte muy significativa.

Tal vez por eso la asertividad que manifiestan la mayoría de las adolescentes es el equivalente explícito y social de la agresividad y bravuconadas que manifiesta el adolescente varón. Ha comenzado ya en ambos el moldeamiento social de su propio talante afectivo, aunque, como la primavera, nadie sepa cómo ha sido.

La mujer adolescente ocultará sus habilidades naturales; el adolescente varón las exagerará con fanfarronerías. La mujer adolescente esconderá las pequeñas o grandes frustraciones que experimenta; el adolescente varón las proclamará allí donde esté, exagerándolas incluso, aunque al hacerlo él personalmente quede mal. "Un hombre -se dirá a sí mismo- no ha de tener miedo de nada. ¡Qué importa que los demás sepan lo que le ha pasado! Los hombres han de afrontar los malos tragos que les hace pasar la vida".

Esto no quiere decir que el adolescente varón sea más auténtico y sincero que la adolescente mujer. Significa tan solo que parten de mapas cognitivos muy diferentes y relativamente contrapuestos en lo concerniente a sus respectivos modos de expresar las emociones. Ni la adolescente mujer es una simuladora profesional, ni el adolescente varón es un personaje esperpéntico, sino que ambos se comportan a través de la mediación del modelo social acerca de lo que -ellos entienden- se espera de sus respectivas feminidad y masculinidad, y acomodan sus propios comportamientos al modelo implícito de que disponen. De no modificarse el modelo, lo lógico es que no se modifique el comportamiento.

Algo parecido sucede si consideramos lo que les motiva y el modo en que se acuna el nacimiento de las propias ambiciones. El varón adolescente hinchará sus ambiciones hasta desfigurarlas; se opondrá frontalmente a sus padres; gritará enérgicamente a su madre ante el más mínimo reproche; sobrestimaré sus capacidades; se mostrará intolerante ante la imposición de cualquier límite o la restricción de alguna de sus libertades; y concebirá metas, proyectos y realizaciones que están muy por encima de sus posibilidades y que a todas luces es incapaz de alcanzar.

El comportamiento de la mujer adolescente es muy diferente. De ordinario, embridará sus ambiciones y las secuestrará en el fondo de su corazón; tenderá a subestimar sus habilidades; discutirá con sus padres al notar el leve peso de la más mínima prohibición, pero lo hará de diferente forma con su padre que con su madre -habitualmente de una forma más intolerante con la segunda que con el primero; inhibirá estas manifestaciones cuando en el contexto situacional haya alguien que no pertenezca a la familia; y concebirá sólo aquellos proyectos para los que está sobradamente capacitada.

De acuerdo con estos perfiles, es fácil pronosticar cuál de los dos adolescentes tendrá más éxito en sus realizaciones. Las anteriores características podrían llegar a explicar porqué el rendimiento académico es muy superior en las chicas que en los chicos adolescentes. Naturalmente no es esta la única causa. El proceso madurativo es también un factor añadido que podría explicar esas diferencias, casi siempre a favor de éstas últimas, por ser más rápido en las chicas que en los chicos.

En realidad, desde el punto de vista madurativo, la mujer adolescente de la misma edad que el varón adolescente, es superior a aquel en tres o cuatro años de edad. Cuando el varón adolescente está yendo por el camino de la vida de la experiencia cotidiana que se dirige a la madurez personal, la mujer adolescente de la misma edad ha ido ya y ha regresado varias veces, lo que significa que tiene mayor experiencia que el chico, simplemente porque ha recorrido y transitado ese camino más veces que aquél.

Basta con que el atento observador contemple, por ejemplo, cómo están tratados los útiles del aprendizaje por unas y otros. Los cuadernos de las chicas, las carpetas, los libros, suelen estar forrados, cuidados y ordenados. Los apuntes se despliegan día a día en un cuaderno independiente para cada materia. Los útiles empleados por el varón adolescente, por contraste, aparecen arrugados, desordenados, faltos de páginas y ajados. Los apuntes y notas suelen tomarse en un solo cuaderno y en una misma página comparecen contenidos de diversas materias sin fecha, sin orden alguno, incompletos, desordenados y revueltos. Es lógico que a través del análisis de estos medios, tan discrepantes entre sí, se obtengan fines y resultados tan diversos por una y otro adolescentes.

Algunos errores en la autoestima de los adolescentes

Si estudiamos la *autoestima* entre los adolescentes observamos enseguida muchas diferencias entre ellos. La diferencia más importante tal vez consista en que el contenido del que depende la autoestima es muy diverso en chicos y chicas. En el varón adolescente la autoestima se hace depender de la fuerza, el poder económico, las habilidades para el deporte, las calificaciones escolares y, desde fecha reciente –esto está actualmente cambiando-, el atractivo físico.

En las chicas adolescentes la autoestima se pergeña y vertebrata con otros contenidos. En primer lugar, la belleza y el atractivo físico, siempre con una especial referencia a lo que parece estar de moda. A esta primera categoría se subordinan, a mucha distancia, las restantes, como, por ejemplo, las calificaciones escolares, las capacidades intelectuales, las habilidades deportivas, etc. Antes que estas últimas, a las chicas adolescentes les importa mucho más la simpatía.

La inteligencia, en cambio, suele estar objetivamente infravalorada, con independencia de que esa adolescente sea más o menos inteligente. Esto en modo alguno acontece en el varón adolescente, a pesar de que en él tampoco el nivel intelectual sea el principal contenido que sostiene su autoestima personal.

Hasta tal punto tienen fuerza estas estereotipias que, paradójicamente, el modo de alabanza social respecto de las adolescentes suele seguir en descenso los tres hitos siguientes: en primer lugar, ser guapa; y si no es muy guapa, ser

simpática; y si no es ni lo uno ni lo otro, entonces y sólo entonces, ser inteligente. A lo que se observa, el código genético que sale garante de lo masculino y de lo femenino no es aquí el responsable de estos comportamientos. Es más bien el código social respecto de lo masculino y lo femenino lo que moldea significativamente el comportamiento de los adolescentes, aunque partiendo de un cierto fundamento según su propio sexo.

En consecuencia, no es comparable la autoestima masculina y femenina, sencillamente porque no son homogéneos los contenidos respecto de los cuales se establecen esas respectivas autoestimas.

Ambos, chico y chica adolescentes, cometen numerosos errores en el modo en que se autoestiman. En mi opinión, ambos se subestiman en muchas más cualidades, capacidades y destrezas de lo que también se sobreestiman a ellos mismos. Es decir, son más frecuentes los errores de subestimación que los errores de sobrestimación en los adolescentes. Ninguno de los dos errores generan buenas consecuencias. Los primeros por defecto y los segundos por exceso, ambos contribuyen a que el comportamiento adolescente sea todavía más inadaptado.

Ambos tipos de errores sitúan a los adolescentes en una indefensión tal, que hace de ellos verdaderas personas dolientes. Muchas frustraciones, muchos conflictos y muchos sufrimientos adolescentes tienen aquí su causa. La adolescencia, por esta causa, no debiera ser considerada como la "etapa rosa de la vida".

Si una chica adolescente sobrestima, por ejemplo, su belleza, concebirá unas expectativas acordes con ella, especialmente en el modo en que espera que los demás la traten. Comete así tres errores fundamentales: en primer lugar, el de sobrestimarse en lo relativo a su propia belleza; en segundo lugar, el de considerar que cualquier relación que pueda llegar a establecer con los chicos sólo es dependiente de su belleza personal; y, en tercer lugar, el error de concebir unas expectativas -tan importantes para esta edad por estar referidas a las relaciones sociales- que están agigantadas y deformadas.

Como en el escenario social real no será tratada conforme a como ella esperaba, experimentará que no la tratan como se merece, que no la valoran en

modo suficiente, que le tienen envidia, en definitiva, que no la quieren ni la aceptan como es. Esto, obviamente, constituye para ella un motivo real de sufrimiento y subestimación –sin duda alguna, el más importante–, con independencia de que ello sea así realmente o no. Es decir, los errores en la sobrestimación inicial generan consecuencias que son realmente subestimadoras. La sobrestimación no era real; la subestimación generada, como consecuencia de aquella, sí que lo es.

Pondré ahora un ejemplo de subestimación muy común en el varón adolescente. He elegido intencionalmente este ejemplo, para que no se me tilde ni de feminista ni de machista, aunque la verdad es que considero que ninguna de esas atribuciones harían crecer ni menguar mi estima personal, pero al menos contribuyamos a que los demás no yerren.

Importa más lo que cada persona piense de sí misma que lo que los demás puedan pensar de ella. Importa más dirigir la propia conducta de acuerdo con las condiciones personales, que dirigir aquella de acuerdo con los criterios versátiles, ignorantes e infundados del “qué dirán”. Allí donde no hay ciencia o conocimiento científico, la ideología, el prejuicio o las estereotipias están cerca. Reducir el problema que estamos estudiando a sólo las claves del “machismo” o del “feminismo” es optar burdamente por la ideología, en contra del conocimiento científico.

Pero sigamos con el ejemplo propuesto. Si un varón adolescente se subestima en su capacidad intelectual –capacidad intelectual que en absoluto conoce, pero sobre la cual, paradójicamente, cree disponer de un riguroso concepto–, obviamente, ajustará su nivel de aspiraciones académicas a lo que considera es conforme con ese nivel intelectual. Es decir, aspirará a mediocres resultados académicos, de acuerdo con la capacidad intelectual personal que con anterioridad ha subestimado.

En consecuencia con ello, se exigirá menos a sí mismo, se esforzará muy poco por conseguir un logro mayor y, lógicamente, los resultados obtenidos le confirmarán en sus erróneas hipótesis anteriores. Esta verificación continuada en el tiempo todavía dará una mayor consistencia a su inicial error de subestimación. Si su rendimiento académico es mediocre, su propio autoconcepto

se configurará de acuerdo con esa mediocridad. El rendimiento obtenido dará una mayor consistencia a su autoconcepto negativo.

La subestimación de su capacidad intelectual le conducirá inexorablemente a la subestimación personal. La parte (la inteligencia erróneamente valorada) sustituirá al todo (su entera persona), que quedará sazonado y configurado por ese mismo error. Nada de particular tiene que ese adolescente no se acepte a sí mismo y aparezcan en él un comportamiento retraído, enrarecido, inhibido y mal dispuesto para las relaciones sociales.

Si ese varón adolescente considera que no es inteligente –característica que además acreditan los resultados obtenidos- constituiría una imprudente osadía por su parte tratar de relacionarse con las personas que obtienen mejores calificaciones que él. Si se subestima a sí mismo, procurará evitar que otros le conozcan tal y como él es, es decir, tratará de evitar que los demás también le subestimen. De este modo, rehusará relacionarse con muchas personas con las que naturalmente desearía hacerlo, configurando así un poderoso déficit en sus habilidades sociales.

La afirmación de los adolescentes en lo que realmente valen

Es lamentable que la historia biográfica de numerosos jóvenes de tantas generaciones manifiesten abiertamente en las consultas psiquiátricas tales errores, cuyo origen y fuente está en la autoestima (Polaino-Lorente, 2003 y 2004). No, no es verdad que el gran negocio del mundo sea comprar a las personas por lo que realmente valen y venderlas por lo que cada una de ellas cree que vale.

En mi experiencia universitaria, al menos, tal diseño empresarial sería desde luego ruinoso. Entre otras cosas, insisto, porque son mucho más cuantiosos los contenidos sobre los que los adolescentes varones hoy se subestiman y muy escasos aquellos sobre los cuales cometen el error de la sobrestimación.

Tanto unos como otros errores generan inseguridad, inquietud, angustia, dudas, indecisiones. Sin ánimo de psiquiatrizar estos problemas consuetudinarios de la adolescencia, se podría afirmar que esta es la “enfermedad mortal” de los adolescentes, entendiendo por “enfermedad” sólo el sentido de su significado

etimológico más preciso. Enfermedad viene de *infirmas*, que significa "falta de firmeza".

Muchos jóvenes adolescentes sufren hoy de falta de firmeza, por lo que es preciso afirmarlos. La afirmación de sí mismo es una condición necesaria, aunque no suficiente, para la seguridad personal. Pero el adolescente se afirma no cuando decide él mismo hacerlo, sino cuando es afirmado por una persona que él considera relevante o especialmente valiosa.

La afirmación adolescente exige la comparecencia de otra persona, porque su afirmación es siempre reactiva. El adolescente queda afirmado cuando se le afirma. Naturalmente, tal afirmación –sería una crueldad– no debe hacerse de modo erróneo. No se trata de afirmar sin más al adolescente por el mero hecho de afirmarlo, y mucho menos en características y peculiaridades en que en modo alguno es valioso, porque no dispone de ellas.

Esto más que afirmarlo, sería manipularlo, es decir, hacer que configure unas expectativas acerca de sí mismo para las que no dispone de las necesarias capacidades. Al proceder así, lo que inmediatamente se genera en él, a muy corto plazo, es una frustración insufrible y generadora de muchos conflictos. Esto debiera ser tenido en cuenta por muchos padres y profesores "permissivos" que, siendo partidarios de la educación "blanda", se dedican injustamente a halagar al hijo o al alumno en aquello precisamente de que carece.

Afirmar al adolescente implica, en primer lugar, conocerle muy bien, para luego desvelar en él aquellos rasgos valiosos de que dispone y seguramente ignora. Esto sí que es afirmar al adolescente en lo que vale. Pero no basta con eso. Hay algo más. Es preciso que al desvelarle los valores de que dispone se le muestre también el procedimiento a seguir para hacerlos crecer, para que no se agosten en su naciente estado de modesta intensidad y, sobre todo, para que los ponga al servicio de los demás.

Por consiguiente, el camino para afirmar al varón o a la chica adolescente sigue estas tres etapas: manifestarle cuáles son sus rasgos positivos; enseñarle a crecer lo más rápidamente posible en ellos; y enseñarle a cómo ha de disponer de ellos no para hacer crecer su Yo hasta que se haga un gigante monstruoso, sino para contribuir a solucionar problemas y para que los demás también crezcan y queden afirmados en sus respectivos valores.

La aceptación del adolescente y sus limitaciones

Una educación así entendida daría al traste con muchos de los problemas que hoy penden, como una espada de Damocles, sobre chicos y chicas adolescentes, poniendo en grave riesgo hasta su propia identidad personal.

Ciertamente que todo esto no es fácil y, sobre todo, no es suficiente. Además, antes de afirmar al adolescente, hay también que aceptarle como es. Aquí es donde muchos padres y profesores tropiezan. Acaso porque también tienen un modelo estereotipado de lo que es o deber ser ese adolescente.

Lo diré de una forma breve y rotunda: hoy se tiene miedo a los adolescentes. Son muchos los padres y profesores que conozco que están "quemados" precisamente por tener que relacionarse con adolescentes. Al adolescente hoy se le teme mucho más que en las pasadas décadas, también porque probablemente son más conflictivos y disponen de mayores recursos para potenciar la hostilidad y rebeldía propias de esa edad.

Estoy persuadido de que sería hoy un completo éxito editorial la publicación de un manual de autoayuda que llevara por título algo parecido a lo que sigue: "¿Cómo sobrevivir a la convivencia con un/a hijo/a adolescente y no morir en el intento? Haría falta, eso sí -con independencia de que fuese o no un *best-seller*- que respondiera con rigor a la cuestión formulada, tanto en lo que atañe a la perspectiva de los padres como a la de los profesores.

Es, pues, necesario que padres y profesores, si no aceptan al adolescente como es, al menos lo toleren. La adolescencia es una etapa por sí misma conflictiva que hace del adolescente un ser en crisis, como consecuencia del cambio continuo que está experimentando. Acoger, aceptar o cuando menos tolerar a un o una adolescente, día a día exige, sin duda alguna, un mayor esfuerzo.

Por eso parecen muy acertadas las recomendaciones que a los padres de los adolescentes hacen Kindlom y Thompsom (2000) en su último libro, "Raising Cain", que se ha convertido en un *best-seller* en el último año en EE. UU. Al título del libro sigue un subtítulo que es todavía más elocuente y que dice así: "Protegiendo la vida emocional de los chicos".

Los consejos que estos autores dan a los padres de los adolescentes tienen que ver con el "analfabetismo emocional" que les caracteriza -y del que me he ocupado líneas atrás-, y que se sintetizan a continuación: "ser indulgentes con sus emociones"; "aceptar su alto nivel de actividad física"; "hablar su lenguaje y tratarles con respeto"; "enseñarles que la empatía es coraje"; "usar la disciplina en su dirección y formación"; "mostrarles a los varones un modelo de masculinidad en el que esté incluido el apego emocional"; y "enseñarles muchos de los caminos en que una chica o un chico adolescentes pueden llegar a ser una mujer o un hombre" (págs., 241-256).

Los autores se refieren aquí sobre todo a los chicos, y razones hay para ello, pues como hemos observado líneas atrás, uno de los ámbitos más deficitarios en la formación de los varones adolescentes y en su futura configuración autoconstitutiva es precisamente este: la incapacidad para expresar emociones y relacionarse de forma empática con las personas con quienes conviven.

Un derecho conculcado del niño, todavía no explícitamente asumido por las vigentes legislaciones

Es obvio que los niños tienen derechos. Muchos de ellos se han ido introduciendo en los diversos códigos vigentes, inspirándose en esa Carta Magna que es "Los Derechos del Niño", la cual han tomado como marco de referencias. Sin embargo, es mucho lo que queda por hacer, sobre todo si se contemplan estos problemas desde la perspectiva de lo que la paternidad y la maternidad pueden aportar a los hijos.

El niño tiene derecho a tener padre y madre. Pero no sólo eso. El niño tiene derecho a tratar y conocer a sus respectivos padres de los que procede. Este derecho no es renunciable puesto que, como se ha demostrado, la relación con ellas es necesaria para su desarrollo cognitivo y emocional. Tal relación es, en cierto modo, autoconstitutiva del ser del hijo y, por eso mismo, una condición que no es negociable.

Esto significa que los padres han de estar informados, en modo suficiente, acerca de los deberes que inexorablemente acompañan -y han de asumir y

satisfacer-, como obligación natural que se deriva del hecho de la paternidad y la maternidad.

El derecho a la relación hijo/a-padre e hijo/a-madre es el núcleo sobre el que se vertebrará la personalidad del niño y su futuro talante afectivo, es decir, algo que para él o ella es de vital importancia y que debería ser juzgado con la misma importancia que la alimentación o cualquier otra de las necesarias acciones que configuran la práctica de la crianza. Este derecho del niño ha sido conculcado muchas veces –acaso demasiadas-, sin que el deber de los padres fuera atendido como realmente exige.

No deja de ser una paradoja que el énfasis en la educación temprana en la familia se ponga ahora mucho más en otros aspectos como el cuidado de la higiene o de la alimentación y, en cambio, se desatienda a los aspectos relacionales y a la interacción entre los padres y los hijos, de los que dependen aspectos psicológicos y personales tan importantes o más que el mero crecimiento biológico.

Sin esas necesarias interacciones es lógico que el hijo o la hija encuentren serias dificultades para desarrollar su identidad personal. Pero si su identidad queda fracturada, obstaculizada o sofocada por esas carencias, ¿es que acaso no es esto más grave que una deficiencia en el aporte de vitaminas en la dieta, en la limpieza del vestido o en la higiene de la boca?, ¿qué es más importante: la identidad personal o la salud bucal?

Hay ciertas razones que, en cierto modo, justifican este olvido sobre lo esencial. La invisibilidad del proceso de maduración en que se vertebra la identidad personal de los hijos, podría considerarse como un factor atenuante de ese fatal olvido. Pero acontece que nuestros conocimientos sobre el particular son en la actualidad más claros y vigorosos que en el pasado, por lo que habría que adecuar las legislaciones y el comportamiento de los padres a las conclusiones que la ciencia rigurosa ha puesto de manifiesto. Continuar silenciando estos hechos es algo que no es sostenible en la actualidad.

Por último, me referiré a otro derecho no menos importante y no menos frecuentemente conculcado. Ese derecho se inscribe en el marco de lo que hoy se ha dado en llamar la “educación sentimental”, es decir, la educación de los

hijos en la afectividad. En la mayoría de las familias –por no decir en casi todas ellas- a los hijos no se les educa en la afectividad. Entre otras cosas, porque los padres ignoran cómo hacerlo y porque el estado de los conocimientos sobre esta materia de las ciencias de la educación no dispone, por el momento, de los necesarios procedimientos.

¿Significa esto que los padres en modo alguno educan en la afectividad a sus hijos? En opinión de quien esto escribe no parece que sea así. Los padres también educan en los sentimientos a sus hijos, sólo que de una forma no consciente ni voluntaria, y siguiendo un procedimiento *in obliquo* y derivado. Expliquemos un poco lo que se quiere afirmar con estos términos.

Por lo general, cuando los padres manifiestan sus afectos a los hijos, en la vida cotidiana, no reparan en que están contribuyendo a modelar su afectividad, el talante afectivo que les caracterizará cuando crezcan. Por eso, puede afirmarse, que no son muy conscientes de lo que están haciendo. No es lo mismo acariciar a un hijo que tratarlo con frialdad, como también importa mucho enseñarle a que acoja mejor o peor las manifestaciones de afecto de los demás y no las rechace.

La educación en la afectividad que están realizando es, desde luego, espontánea e incluso –no me importaría reconocerlo- natural, pero muy poco personal por no ser, en definitiva, ni voluntaria ni consciente. De otra parte, es una educación *in obliquo*, derivada y reactiva, porque no es la educación afectiva el fin que, naturalmente, se han propuesto al manifestar con un gesto, una caricia o una palabra de ternura que quieren a su hijo. Actúan simplemente, como quien manifiesta su espontáneo querer (esta sería la acción visible, consciente y voluntaria que realizan), pero ignorando o no teniendo en cuenta que también con ello les están educando en la afectividad (de acuerdo con una pedagogía invisible o no manifiesta, aunque no por ello menos eficaz y necesaria). De acuerdo con ello, la educación que hacen de los sentimientos en sus hijos, la hacen muy a su pesar y desde una ignorancia encubierta y no libremente elegida.

Si tuvieran esto presente, de seguro que su comportamiento sería más cuidadoso, prudente, exigente y atendido a la peculiar singularidad de la realidad personal que es cada uno de sus hijos. De tener esto en cuenta, es probable que

se exigieran más en esas manifestaciones –sea atenuándolas o intensificándolas, según los casos- y de acuerdo con la forma de ser de cada hijo y de las exigencias del contexto.

El otro escenario natural donde los hijos e hijas realizan el aprendizaje de la afectividad es a través de la observación del comportamiento afectivo de sus padres en las relaciones de pareja. Mediante la observación –y los hijos siempre observan atentamente, de una u otra forma- los hijos perciben las miradas de complicidad que se dirigen sus padres; los gestos de ternura o de contrariedad cuyo significado exacto tal vez no acaben de comprender pero sí intuyen; las manifestaciones verbales de aprobación y apoyo o de contrariedad y franca oposición; la afirmación de lo que el otro o la otra dice o su franca o encubierta descalificación, desaprobación o descalificación; la unidad y el espíritu creativo que los une o el tedio y aburrimiento que los separa.

Los hijos, después de observar, imitan lo observado, para más tarde interiorizarlo, identificarse con ello y vivirlo desde su subjetividad original y originaria. Hijos e hijas aprenden del comportamiento que mostró la pareja que fueron sus padres los primeros esbozos de la relación entre un hombre y una mujer, la delicadeza y respeto al otro o su desautorización más vehemente, la crispación o la armonía que ha de haber entre ellos. Y sobre ese sustrato hunden sus raíces los aprendizajes del comportamiento sentimental, que es posible manifiesten luego con la otra persona con la que han decidido contraer matrimonio.

Desde esta perspectiva, puede afirmarse que el comportamiento de la pareja de los padres, las relaciones de pareja de sus padres sirven de escenario natural para el aprendizaje sentimental de los hijos, sobre todo en lo relativo a las relaciones hombre-mujer. Lo que aquí aporta la maternidad y paternidad a los hijos e hijas tiene un valor incalculable, puesto que el estilo emocional propio de los padres puede transmitirse, mediante este aprendizaje, de una a otra generación. Según esto, se diría que el comportamiento de los padres en la pareja constituye la “correa de transmisión” del estilo emocional que los hijos aprenden.

De admitirse lo que se ha afirmado líneas atrás, emerge un nuevo derecho en los hijos: el derecho a observar y experimentar cómo sus padres se quieren,

se muestran entre sí el necesario afecto y saben acogerlo y responder de forma acertada. Dicho más brevemente: los hijos tienen derecho a que sus padres se quieran.

Ese derecho está fundamentado en lo que se ha sostenido a lo largo de esta colaboración, además de en numerosas publicaciones empíricas y rigurosas en las que numerosos autores han llegado a las mismas conclusiones. Cuando las relaciones entre el padre y la madre se crispan, son tensas o están varadas en la continua hostilidad entre ellos, a los hijos se les hace un triple daño. En primer lugar, el de sufrir el mismo sufrimiento que el padre o la madre doliente al que quieren; en segundo lugar, el de sufrir el daño que es causado por el otro progenitor, al cual el niño quiere tanto como al primero; y, en tercer lugar, el de sufrir a causa de que las relaciones entre sus padres no sean conformes con el amor y la estima que el hijo les tiene.

Así pues, los hijos tienen derecho a que sus padres se quieran. Porque el cariño que un hijo experimenta por sus padres, lo vive en relación con cada uno de ellos y también en relación con el amor unitivo que el uno y la otra se tienen y expresan. Esto quiere decir, que el amor entre sus padres resulta indisoluble e inseparable del amor que él mismo les tiene; que el amor entre sus padres forma parte del amor que el hijo les tiene, distinguiéndose, sí, de aquél pero co-existiendo con aquél, porque de él forma parte y parte importante.

Si los padres tuviesen presentes las anteriores afirmaciones, si conociesen que en cierta forma están todo el día "en el escaparate" donde sus hijos les observan, si no ignorasen la fuerza unitiva e identificadora -una fusión sin confusión de personas- del amor humano, es probable que su comportamiento conyugal cambiase. Dicho de otra forma, que para ser los mejores padres posibles, para educar a cada hijo en la afectividad, para robustecer e intensificar su propia autorrealización como padre o como madre, han de atenerse y mostrar, de la mejor forma posible, su amor por el otro cónyuge.

Esta es la gran aportación -aportación que es también un derecho del niño- que la maternidad y paternidad han de hacer a los hijos. Esa aportación les invita a saber que no hay un "yo" sin un "tú"; que el "yo" se desvela en cierta forma en las relaciones con el "tú"; que en esas relaciones ha de haber paridad y no un "yo"

gigante en fragante desequilibrio con un "tú" enano, o viceversa; que sin el olvido del "yo" no se alcanza la presencia del "tú"; que si se olvida al "tú", tanto más se olvidará el "nosotros" de la pareja; y que si se olvida el "nosotros", será inevitable el olvido del "vosotros", que son los hijos.

La unidad preside y aúna todas estas aportaciones de los padres a los hijos: un solo padre; una sola madre; una sola pareja; un solo amor que sea lo más perfecto posible entre ellos; un amor único, originario, irrepetible y singular por cada uno de los hijos. Un solo amor y diversas personas.

Lo propio de la familia es precisamente eso: ser el escenario natural en el que quienes allí conviven tienen la profunda convicción de que son dignos de ser amados por sí mismos, con independencia de quiénes sean, de lo que tengan, de lo que valgan, de lo que parezcan y/o de las acciones –buenas, malas o indiferentes- que hayan realizado en el pasado. La familia es un lugar en el que, al fin, la vivencia personal se transforma en convivencia familiar y la unión en comunión de personas.